

la reforma del Gobierno no era mas que un vano pretexto con que se procuraba cubrir la vergüenza de haber emprendido una guerra de religion, despues de tantas protestas de que se miraban con el mayor horror semejantes maquinaciones.

Otra excusa prepara este hábil ministro á su partido respecto á la conjuracion de Amboise, cuando responde *que en todo caso aquella conjuracion no es criminal sino segun las reglas del Evangelio*¹. De modo que para unos reformadores que siempre tienen el Evangelio en la boca no es nada formar una conspiracion que el Evangelio condena; y les servirá de consuelo no quebrantar sino las reglas santas de los Cristianos. Pero las siguientes palabras de Mr. Jurieu nos darán bien á conocer que no se le alcanzaba mas ese achaque de moral que de cristianismo, pues se atrevió á escribir lo que sigue: «La tiranía de los príncipes de Guisa no podia echarse «abajo sino por medio de un gran derramamiento de sangre: no «sufre esto el espíritu del Cristianismo: pero si se juzga acerca de «esta empresa conforme á las reglas de la moral del mundo, no es «del todo criminal².» Sin embargo, conforme á las reglas de la moral del mundo consideraba el Almirante la empresa tan vergonzosa y detestable, mirándola con tanto horror no solo como cristiano sino como hombre de honor; y no es tanta la corrupcion del mundo que tenga por inocentes los atentados que conculcan todas las leyes divinas y humanas.

No acierta mejor el ministro, cuando en lugar de justificar á sus llamados reformados de sus revueltas y sublevaciones, se propone dar á conocer la corrupcion de la corte contra la cual se sublevan, como si los reformadores ignorasen este precepto apostólico: *Obedeced á vuestros señores, aun á los que os son enojosos*³.

No tienen mas fuerza sus largas recriminaciones, con que llena un volúmen, pues lo que se trata de saber es, si los que se jactan de reformadores del género humano han minorado ó aumentado los males, y si se les debe mirar como reformadores que los corrigen, ó mas bien como azotes que Dios envia para castigarlos.

L.—*Cuestion sobre la indole de la Reforma: si era una indole moderada ó violenta.*

(1534). Pudiera tratarse aquí la cuestion, si es verdad que la Reforma nunca ha pensado en establecerse por fuerza, como ella se

¹ Apolog. pour la Réform. I part. cap. XV, p. 453. — ² Ibid. — ³ I Petr. II, 18.

gloria¹: pero la duda se puede resolver fácilmente por todos los hechos que hemos presentado. Mientras la Reforma fue débil, es verdad que se manifestó siempre sumisa, y aun sentó por fundamento de su religion, que no creía lícito, no solamente emplear la fuerza, pero ni aun repelerla. Pero bien pronto se conoció que esta era una modestia de aquellas que inspira el temor, y un fuego cubierto bajo cenizas; porque al instante que la nueva Reforma llegó á ser mas fuerte en algun reino, quiso reinar ella sola. Primeramente, los Obispos y los sacerdotes ya no tuvieron desde entonces seguridad: en segundo lugar, los buenos católicos fueron proscritos, desterrados, privados de sus bienes, y en algunas partes, de la vida, por leyes públicas: como, por ejemplo, en Suecia, aunque se ha querido decir lo contrario: mas no por eso el hecho es menos constante. Á este punto llegaron los que al principio gritaban tanto contra la fuerza; y no habia mas que considerar la acrimonia, la saña y la fiereza derramada en los primeros libros y en los primeros sermones de aquellos reformados; sus invectivas sangrientas; las calumnias con que denigraban nuestra doctrina; los sacrilegios, las impiedades, las idolatrías que no cesaban de imputarnos; el encono que inspiraban contra nosotros; los latrocinios que fueron el efecto de sus primeras prédicas; *la acritud y la violencia* que se vió en sus carteles sediciosos contra la misa², para juzgar de lo que se debia esperar de tales principios.

LI.—*Continuacion de la indole violenta que reinaba en la Reforma.*

Pero muchos hombres cuerdos, se dice, desaprobaban estos carteles: tanto peor para el partido protestante, en que era tan extremo el fanatismo que los hombres de juicio que habia entre ellos no lo podian reprimir. Repartiéronse los carteles por todo París, se esparcieron y fijaron en todas las callejuelas, *y aun hasta en la puerta de la cámara del Rey*³; y los hombres sensatos que lo desaprobaban no tomaron ningun medio eficaz para impedirlo. Cuando el supuesto mártir Ana de Bourg declaró en tono de profeta al presidente Minard á quien recusaba, que á pesar de haber rehusado inhibirse del conocimiento de aquella causa, no seria uno de sus jueces⁴, los Pro-

¹ Crit. t. I, lett. VIII, n. 1, p. 129, et seq.; lett. XVI, n. 9, p. 315, etc. —

² Beza, lib. I, p. 16. — ³ Ibid. — ⁴ Thuan. lib. XXIII, an. 1559, p. 669; Beza, lib. I; La Poplin. lib. V, p. 144.

testantes supieron bien cumplir su profecía, y el Presidente fue asesinado hácia el anochecer al entrar en su casa. Se supo despues que le Maistre y Saint-André, opuestísimos al nuevo Evangelio, hubieran tenido la misma suerte, si hubieran ido al palacio: tan peligroso era ofender á la nueva Reforma, aunque débil; y por el mismo Beza sabemos que Stuart, pariente de la Reina, y *hombre arrestado, y muy celoso protestante, visitaba muchas veces en la Conserjería á los presos por motivo de religion*¹. No se pudo convencerle de haber cometido el delito; pero siempre se veía de qué personas podia valerse; y sea como quiera, al partido no le faltaba gente resuelta, ni se puede acusar de esta conjuracion sino á los que se interesaban por Ana de Bourg. Al que tiene á tales ángeles por ejecutores, le es muy fácil profetizar. La seguridad con que Ana de Bourg señaló tan exactamente lo futuro, da á conocer bastante el aviso cierto que habia recibido; y lo que dice la historia de Mr. de Thou, para presentarnos un adivino mas bien que un cómplice en el delito, huele mucho á una adición hecha en Ginebra. No debemos, pues, admirarnos de que un partido que alimentaba semejantes disposiciones se declarase tan pronto como viese debilidad en los Gobiernos, segun hemos visto que sucedió.

LII. — *Vanas excusas.*

Un nuevo defensor de la Reforma está persuadido, atendidas las costumbres poco castas y toda la conducta del príncipe de Condé, que entraba *mas la ambicion que la Religion en su proceder*²; y confiesa que la Religion *solo le sirvió para encontrar instrumentos con que vengarse*³. Por este medio creyó reducirlo todo á la política, y excusar á su religion; sin advertir que cabalmente es esto lo que se acrimina en ella, que una religion, que se decia reformada, haya sido un instrumento tan pronto de la venganza de un príncipe ambicioso; y, sin embargo, este es el crimen de todo el partido. Pero ¿qué nos dice este autor del pillaje de las iglesias y sacristías, y del destrozo de las imágenes? Cree satisfacer á todo con decir que *ni con ruegos, ni con reflexiones, ni aun con castigos, pudo contener el Príncipe aquellos desórdenes*⁴. Esto no es una disculpa; es la conuccion de la violencia que reinaba en el partido, cuyo furor no po-

¹ Lib. III, p. 248, an. 1560. — ² Crit. t. I, lett. II, n. 3, p. 45 et seq. — ³ Ibid. lett. XVIII, p. 331. — ⁴ Ibid. n. 8.

dian contener los jefes. Pero témome mucho que no hayan obrado con la misma intencion que Cranmer y los demás reformadores de Inglaterra, que en las quejas que se daban contra los que destrozan las imágenes, «aunque hubieran deseado poner límites al celo del «pueblo, no querian hacerlo de modo que perdiese el ánimo¹.» Lo mismo hicieron los jefes de nuestros Calvinistas; y aunque por el bien parecer vituperaban aquellas demasías, no vemos que se castigasen jamás. No hay mas que leer la Historia de Beza, para ver á nuestros reformados siempre dispuestos, al menor ruido, á tomar las armas, forzar las cárceles, y ocupar las iglesias; jamás se ha visto gente mas sediciosa. ¿Quién ignora las violencias que la Reina de Navarra ejerció con los sacerdotes y los religiosos? Todavía se enseñan las torres de donde precipitaban á los Católicos, y los abismos en que los arrojaban. Los pozos del palacio episcopal en los cuales los ahogaban en Nimes, y los crueles instrumentos de que se valian para hacerles ir á la prédica, no son menos conocidos de todos. Existen todavía las informaciones y las causas, donde consta que se hacian estas sangrientas ejecuciones por deliberacion del Consejo de los Protestantes. Existen originales las órdenes de los generales, y de las ciudades, á petición de los consistorios, para estrechar á los *Papistas* á abrazar la Reforma *por medio de contribuciones, y alojamientos, destechando y demoliendo sus casas*. Los que se ausentaban, para librarse de estas violencias, eran despojados de sus bienes: los registros de los Ayuntamientos de la ciudad de Nimes, de Montauban, Alais, Montpellier y otros pueblos del partido, están llenos de estas ordenanzas, y yo no hablaria de ellas si las quejas de nuestros fugitivos no se oyesen en toda la Europa. Pues estos son los que nos ponderan su benignidad: era necesario dejarles hacer lo que quisiesen, porque á todo aplicaban la sagrada Escritura y cantaban melodiosamente los Salmos en verso. Bien pronto hallaron el medio de ponerse á cubierto del martirio, á ejemplo de sus doctores que estuvieron siempre en seguridad, al mismo tiempo que animaban á los demás; y Lutero y Melancton, y Bucero y Zuinglio, y Calvino y OEc slampadio, y todos los demás, se procuraron con bastante tiempo asilos seguros; y entre estos jefes de los reformadores no conozco mártires, ni aun falsos, si no es, acaso, un Cranmer, á quien hemos visto, despues de haber renegado dos veces de su fe, no resolverse á morir profesán-

¹ Burn. II part. lib. I, p. 13.

dola, sino cuando vió que su abjuracion era inútil para salvarle la vida.

LIII.—*Contra los que pudieran decir que esto no es de nuestro objeto.*

Pero ¿á qué viene, se dirá, recordar estas cosas, para que un ministro de mal humor os diga que quereis por este medio agriar los ánimos, y oprimir á los desgraciados? Semejantes quejas no deben retraerme de contar lo que tan manifestamente es de mi propósito: todo lo que pueden exigir de mí los protestantes razonables, es que sin fiarme de sus adversarios oiga tambien á sus autores. Pues todavía he hecho mas; pues no contento con oírlos, formo mi regla, por decirlo así, de lo que ellos dicen. Que abran, pues, los ojos nuestros hermanos; que echen una mirada á la antigua Iglesia, que durante tantos siglos de una persecucion tan cruel, jamás faltó á la moderacion, ni un solo momento, ni ella, ni un solo hombre; y que lo mismo se la vió sumisa bajo el imperio de Diocleciano y aun de Juliano Apóstata cuando llenaba ya toda la tierra, que bajo el imperio de Neron y de Domiciano, cuando acababa de nacer: allí era donde se veia verdaderamente el dedo de Dios. Nada de esto se parece á aquello, porque se sublevaron los reformados luego que pueden, y las guerras duran mucho mas tiempo que la paciencia. La experiencia nos enseña que en todos los partidos, la obstinacion y la prevenicion pueden imitar á la fuerza, á lo menos por algun tiempo; y no están muy arraigadas en el corazon las máximas de la moderacion cristiana, cuando se las varia tan pronto, no solamente en prácticas, sino tambien en máximas contrarias, con deliberacion y en decisiones expresas, como lo hemos visto hacer á nuestros Protestantes. De consiguiente, hay aquí una verdadera variacion en su doctrina, y un efecto de la perpétua inestabilidad, que debe hacerles considerar su Reforma como una de aquellas obras que siendo solamente hermanas, deben disiparse, segun la máxima de Gamaliel ¹.

LIV.—*El asesinato del duque de Guisa por Poltrot, mirado en la Reforma como un acto de religion.*

(1562). No debe olvidarse en esta historia el asesinato de Francisco, duque de Guisa, porque el que lo cometió mezcló su religion con su crimen. Beza es el que nos pinta á Poltrot como *incitado por*

¹ Act. v, 38.

un secreto movimiento ¹, cuando se determinó á esta accion infame; y para que conozcamos que este *movimiento secreto* venia de Dios, nos pinta tambien al mismo Poltrot, al ir á ejecutar tan negro designio, «pidiendo á Dios con mucho fervor que le hiciese la gracia de trocarle su voluntad, si lo que queria hacer le era desagradable; ó «bien que le diese constancia y bastante fuerza para matar á aquel «tirano, y librar por este medio á Orleans de la destruccion, y á todo el reino de tan desgraciada tiranía ². En esta disposicion dió el «golpe la tarde de aquel mismo dia,» prosigue Beza ³, poseido de aquel entusiasmo, y como al salir de aquella *fervorosa oracion*. Luego que nuestros reformados supieron que se habia ejecutado el proyecto, «dieron gracias á Dios solemnemente con grandes regocijos ⁴.» El duque de Guisa habia sido siempre el objeto de su odio: y luego que ellos se sintieron con fuerzas, se ha visto que se conjuraron para perderle, y que lo resolvieron así por el dictámen de sus doctores. Despues del desórden de Vassi, aunque era constante que habia hecho cuanto podia para apagarlo ⁵, el partido se sublevó contra él con espantosos clamores, y Beza, que llevó las quejas á la corte, confiesa «haber deseado, y rogado á Dios infinitas veces, ó «que cambiase el corazon del señor de Guisa, lo que sin embargo «nunca pudo esperar, ó que salvase al reino; de lo cual pone por «testigos á cuantos habian oido sus predicaciones y oraciones ⁶.» De consiguiente, predicaba y oraba de este modo sedicioso *infinitas veces* y en público, como lo hacia Lutero, el cual por este medio hemos visto que sabia animar tan bien al mundo, y suscitar ejecutores de sus profecias. Con oraciones semejantes, se representaba al duque de Guisa como á un perseguidor endurecido, de quien se debia desear que librase Dios al mundo por medio de un golpe extraordinario. Lo que Beza dice para excusarse, *que no nombraba en público á este señor de Guisa* ⁷, es una gran torpeza. ¿Qué importa no nombrar una persona cuando se la designa con los caractéres que la dan á conocer, y explicándose en particular con los que no lo hayan entendido? Este modo misterioso de darse á entender en la predicacion y en el servicio divino, es mas propio para irritar los ánimos, que las declaraciones mas expresas. No era Beza el único que se desencadenaba contra el Duque; todos los ministros tenian el mismo lenguaje. Así, no es de extrañar que entre tantos hombres arresta-

¹ Lib. VI, pág. 267. — ² Lib. IV, p. 268. — ³ Ibid. 269. — ⁴ Ibid. 290. —

⁵ Thuan. lib. XXIX, p. 77, 78. — ⁶ Lib. VI, p. 299. — ⁷ Ibid.

dos de que estaba lleno el partido se hallasen algunos que creyesen hacer un servicio á Dios, librando á la Reforma de un enemigo semejante. La empresa de Amboise, mas negra todavía, habia sido aprobada por los doctores y por Beza. Esta otra, cuando estaba sitiada Orleans, donde el apoyo del partido iba á caer con aquella ciudad, bajo el mando del duque de Guisa, era seguramente de mayor importancia; y Poltrot creia hacer mas por su religion que la Renaudie. Tambien hablaba sin reserva de su proyecto como de una cosa que debia ser bien recibida. Y aunque se le conocia en el partido como un hombre decidido á quitar á toda costa la vida al duque de Guisa, ni los jefes, ni los soldados, ni aun los pastores, trataron de disuadirle. Crea quien quiera lo que dice Beza, que esto consistió en que todo el mundo tomaba sus palabras como una *conversacion de un atolondrado*¹, que no publicaria su designio si tuviese intencion de ejecutarlo. Pero d'Aubigné, mas sincero, conviene en que se esperaba en el partido que llevase á efecto su propósito, lo que dice *que sabia de buena tinta*². Tambien es muy cierto que Poltrot no pasaba por un aturdido: Soubise, á quien servia, y el Almirante le miraban como un hombre de quien se podia valer, y le empleaban en negocios de consecuencia³; y el modo con que se explicaba daba á conocer que era mas bien un hombre determinado á todo, que un hombre *atolondrado* y ligero. «Se presentó á sangre fria (son las palabras de Beza) á Mr. de Soubise, uno de los jefes del partido, para decirle que habia resuelto en su ánimo librar á la Francia de tantas miserias, matando al duque de Guisa; lo que se atreveria á intentar, á CUALQUIER PRECIO QUE FUESE.» La respuesta que le dió Soubise no era muy propia para entibiarle, porque solo le dijo, *que fuese á hacer lo que tenia que hacer*; y en cuanto á lo que le habia manifestado, que *Dios sabia proveer por otros medios*. Una respuesta tan floja, tratándose de una accion de que no se debia hablar sino con horror, debia hacer conocer á Poltrot en la mente de Soubise ó el temor de un éxito desgraciado, ó la intencion de disculparse, mas bien que una condenacion de la empresa en sí misma. Los demás jefes le hablaban con la misma frialdad, contentándose con decirle, que *era necesario asegurarse mucho de las vocaciones extraordinarias*⁴; lo cual, en lugar de desviarle de su propósito, era hacerle concebir en él algo de inspirado y celestial; y como

¹ Lib. VI, p. 268. — ² D'Aub. t. I, lib. III, c. XVII, pág. 176. — ³ Beza, ibid. 268, 293, 297. — ⁴ D'Aub. t. I, p. 176.

dice d'Aubigné en su estilo vivo, *las reflexiones que se le hacian oian á reprobacion pero infundian valor*. Así, se abismaba cada vez mas en su negro pensamiento: hablaba de él á todo el mundo; y, continúa Beza, *tenia esta idea tan fija en su entendimiento que no hablaba de otra cosa*. Durante el sitio de Ruan, en que fue muerto el Rey de Navarra, como se hablase de aquella muerte, Poltrot, «exhalando del fondo de su pecho un gran suspiro: ¡Ah! dijo, esto no basta, es preciso «todavía inmolar otra víctima mas grande¹;» y habiéndole preguntado cuál era, «Es, respondió, el gran Guisa, y al mismo tiempo levantando el brazo derecho, este es el brazo, gritó, que ha de dar el golpe, y ha de poner fin á nuestros males;» lo que repetia con frecuencia, y siempre con la misma fuerza. Todo este modo de hablar es de un hombre determinado, que no se oculta, porque cree que va á hacer una accion aprobada. Pero lo que nos descubre mejor la disposicion de todo el partido, es la del Almirante, quien se presentaba á todo el mundo como un modelo de virtud y como la gloria de la Reforma. Nada quiero decir de la deposicion de Poltrot, que le acusó de haberle inducido con Beza á esta resolucion. Dejemos aparte lo que ha dicho un testigo que ha variado demasiado en lo que ha dicho, para que le creamos sobre su palabra; pero no se pueden poner en duda los hechos confesados por Beza en su Historia², y mucho menos los que están contenidos en la declaracion que el Almirante y él enviaron juntamente á la Reina sobre la acusacion del asesino³. De todo esto, pues, consta que Soubise envió á Poltrot con un paquete al Almirante, cuando estaba todavía cerca de Orleans, con ánimo de socorrerla, y que de concierto con el Almirante se dirigió Poltrot al campo del duque de Guisa⁴, y aparentó entregarse á él como un hombre cansado de hacer la guerra al Rey: que el Almirante, quien por otra parte no podia ignorar un proyecto que Poltrot habia hecho público, supo del mismo Poltrot que persistia en él todavía, pues confiesa que Poltrot, al partir para consumir su atentado, *llegó hasta decirle que seria fácil matar al señor de Guisa*⁵: que el Almirante no le dijo una palabra siquiera para apartarle de su intento, y que al contrario, aunque sabia su intencion, le dió veinte escudos una vez, y otros ciento otra vez para habilitarse bien⁶; socorro considerable en aquellos tiempos, y absolutamente necesario para facilitarle á un mismo tiempo su empre-

¹ Thuan. lib. XXIII, p. 207. — ² Ibid. p. 291, 308. — ³ Ibid. p. 294, 295. — ⁴ P. 209. — ⁵ P. 301. — ⁶ P. 297, 300.

sa y su fuga. No hay nada mas fútil que lo que dice el Almirante para excusarse: dice que cuando Poltrot le habló de matar al duque de Guisa, *él no abrió su boca para incitarle á emprenderlo*. No habia necesidad de incitar á un hombre tan firmemente resuelto; y para ejecutar su plan no habia mas que enviarle, como hizo el Almirante, al punto donde podia ejecutarlo. El Almirante, no contento con enviarle, le dió dinero para vivir allí, y procurarse todos los auxilios necesarios en aquel caso, hasta el de un buen caballo. Lo que el Almirante añade, que no enviaba á Poltrot al campo enemigo, sino para adquirir noticias, es conocidamente un medio de encubrir un designio que no se queria confesar. En cuanto al dinero, no tiene fuerza ninguna lo que responde el Almirante, que se lo dió á Poltrot *sin hacerle mencion jamás de matar ó no matar al señor de Guisa*¹. Pero la razon que alega para justificarse de no haberle disuadido de tan detestable pensamiento, descubre el fondo de su corazon. Confiesa, pues, que «antes de estos últimos tumultos supo que habian deliberado matar al señor de Guisa; que léjos de haberles inducido á este designio, ó de haberle aprobado, les habia disuadido de él,» y que aun habia avisado á la señora de Guisa: que *despues del suceso de Vassi*, ha perseguido al Duque como á un enemigo público; «pero que no se dirá que *HA APROBADO* el que se atentase contra su persona, hasta que se le avisó que el Duque habia llamado á ciertas personas para matar á Mr. el príncipe de Condé y á él.» Se sigue, pues, que despues de este aviso, sobre el cual no se debe creer á un enemigo, solo porque él lo diga, *ha aprobado* que se atentase contra la vida del Duque; pero «despues de este tiempo confiesa que cuando ha oido decir á alguno, que si podia mataria al señor de Guisa, hasta en su campo, no ha procurado apartarle de su intento:» por donde se ve que este proyecto sanguinario era comun en la Reforma; que los jefes mas estimados por su virtud, cual era sin duda el Almirante, no se creian obligados á oponerse á él; y que al contrario, contribuian á sostenerlo con la mayor eficacia que podian: tan poco cuidado les daba un asesinato, con tal que se cometiese por motivo de religion.

LV.—Continuacion.

Si se pregunta qué es lo que movió al Almirante á confesar unos hechos que deponen tanto contra él, no dejó de conocer este incon-

¹ P. 297.

veniente; pero, dice Beza¹, «el Almirante, hombre sincero y verdaderamente íntegro como el que mas, entre los de su clase, replicó, que si en el caso de una confrontacion confesaba alguna cosa mas, daria motivo para pensar que todavía no confesaba toda la verdad,» es decir, para quien lo entiende, que este *hombre sincero* temió la fuerza de la verdad en la confrontacion, y se preparaba ya con excusas, al modo de otros delincuentes á quienes su conciencia y el temor de verse convencidos les hacen muchas veces confesar acaso mas que lo que se conseguiria de los testigos. Y aun parece, si se considera bien el modo con que se explica el Almirante, que temia que se le creyese inocente; que no trata sino de evitar una confesion formal y una conviccion jurídica, y que por lo demás se complace en ostentar su venganza. En lo que se condujo con mas política para su descargo, fue en pedir que se reservase á Poltrot para confrontarle con él², fiándose en las excusas que habia dado, y en las circunstancias de los tiempos, las cuales no permitian que se estrechase hasta el extremo al jefe de un partido tan formidable. Tambien la corte lo vió así, y concluyó el proceso. Poltrot, que se desdijo de lo que habia declarado contra el Almirante y contra Beza, persistió hasta la muerte en descargar á este; pero en cuanto al Almirante, le inculpó de nuevo en tres declaraciones consecutivas, y hasta en medio de su suplicio, de haberle inducido á este asesinato *en servicio de Dios*³. Con respecto á Beza, parece que no tuvo parte en el delito sino por sus prédicas sediciosas, y por la aprobacion que habia dado á la empresa de Amboise, mucho mas criminal; pero es bien cierto que antes del atentado no hizo nada para impedirlo, aunque no podia menos de saberlo; y que despues de consumado, nada omitió para darle visos de una accion inspirada. El lector juzgará de lo demás, porque ya tenemos demasiado para conocer el espíritu de que estaban animadas unas gentes cuya templanza tanto se nos pondera.

LVI.—Los Católicos y los Protestantes están de acuerdo sobre el castigo de los herejes.

No tengo necesidad de explicarme sobre la cuestion de si los príncipes cristianos tienen derecho para servirse del poder de la espada contra sus súbditos, enemigos de la Iglesia y de la sana doctrina,

¹ P. 306. — ² P. 308. — ³ P. 312, 319, 327.